

aquellos bárbaros, tratar cuanto antes fuese posible de un arreglo territorial en Oriente, enviarse embajadores de toda confianza, y sobre todo dirigir hacia San Petersburgo compradores franceses que substituyesen á los ingleses que allí había. Alejandro pidió con especialidad dos cosas: primeramente la autorización de hacer educar en Francia á los cadetes destinados á la marina rusa, que acostumbraban á educarse en Inglaterra, donde se les imbuían ideas perjudiciales; además la facultad de comprar en las fábricas francesas fusiles para el armamento de los soldados rusos, que lo tenían de mala calidad, agregando á esto que, estando los dos ejércitos destinados á servir á una misma causa, bien podían adoptar unas mismas armas. Á estas frases lisonjeras acompañó un regalo de magníficas pieles para el emperador Napoleón, diciendo que se holgaría de poder ser *su mangütero*, y repitió que esperaba que llegase Mr. de Tolstoy para despacharle no bien se le hubiese aceptado en París.

Al saberse estos pormenores, fielmente relatados por el general Savary, Napoleón experimentó á un mismo tiempo satisfacción y embarazo, porque conoció perfectamente que podía disponer á su voluntad del emperador Alejandro y de su primer ministro; pero después de Tilsit había pensado en ello friamente, y empezaba á reconocer lo grave que era dejar dar un paso más hacia Constantinopla al imperio colosal de Pedro el Grande, cuyo crecimiento en el último siglo era tan rápido que podría poner espanto al mundo.

El general Sebastiani por su parte le escribió desde Constantinopla que los rusos eran allí odiados; que si los turcos tuviesen la menor esperanza de encontrar apoyo en la Francia, ellos mismos se echarían en sus brazos, y en vez de tenerles que hacer la guerra para obligarlos á someterse á la Rusia, bastaría quizás un leve auxilio para ayudarles á constituirse en súbditos de la Francia; que todas las partes del imperio propias por su situación para convertirse en franceses se nos entregarían espontáneamente; que en este caso, con el Austria era, y no con la Rusia, con quien convenía ponerse de acuerdo; que la inteligencia con el Austria sería mucho más fácil y ventajosa, ya se tratara de repartir ó de conservar íntegro el imperio otomano, porque si se le desmembraba, ella, satisfecha con que la Rusia nada tuviese en las orillas del Danubio, se contentaría con menos, y si se decidía que permaneciese íntegro, se estimaría tan dichosa con semejante resolución, que al punto se lograría su cooperación á muy poca costa. Estas diversas ideas, que tenían todas su aspecto especioso, se sucedían y pugnaban alternativamente en el ánimo de Napoleón, cuya actividad nunca reposaba, y no quería darse prisa á adoptar un partido en un asunto de tanta importancia. En cualquier sistema de ambición moderada, hubiera sido muy prudente el negar satisfacciones á la ambición rusa; pero después de lo que ya se había emprendido y de lo que nuevamente iba á emprenderse, el empeñarse en más acontecimientos sin granjearse completamente la Rusia por medio de un sacrificio en el Oriente, hubiera sido extremar demasiado la temeridad de la política francesa.

Ideó Napoleón satisfacer la ambición moscovita, no ya en el Oriente donde tenía fijamente clavados sus ojos, sino en el Norte, que miraba con poco interés,

entregándole la Finlandia so pretexto de impelerla hacia la Suecia. No es poco, pensaba él, una conquista como la de Finlandia, y el emperador Alejandro no podrá menos de considerarla como una prueba de aquiescencia á la opinión pública en Rusia, que será anuncio de otras no menos importantes. Mucho en efecto valía la Finlandia, sobre todo teniendo en cuenta los verdaderos intereses europeos; porque si la Rusia ocupando la Valaquia y la Moldavia progresaba hacia los Dardanelos con espanto de la Europa, no era menos alarmante el paso que daría hacia el Sund apropiándose la Finlandia. Por desgracia este presente, con el que obtenía una extensión fatal para la independencia futura de la Europa, era de escaso valor á sus ojos. Dábale Napoleón poco en apariencia y mucho en realidad, cuando debiera haber hecho todo lo contrario para conseguir al menor precio posible la nueva alianza que iba á ser la base de todas sus ulteriores empresas. Lisonjeóse, pues, de contentar á la Rusia con la Finlandia, y por lo tocante á las provincias del Danubio resolvió aplazar la decisión, aunque sin destruir las esperanzas que le convenía alimentar.

También á él le había costado mucho trabajo encontrar un embajador que pudiera ser útil en San Petersburgo; pero había echado mano por último de Mr. de Caulaincourt, su caballero mayor á la sazón, de profesión militar, hombre recto, sensato, digno, muy injustamente comprometido en el suceso del duque de Enghien (lo que casi miraba Napoleón como una circunstancia feliz para la embajada de Rusia), pero muy apto para dominar al joven emperador, seguirle á todas partes, y disimular con su misma rectitud la ligera tinta de artificio que llevaba consigo una misión como aquella, cuyo objeto era cumplir algo menos de lo que se hacía esperar. Instruyóle Napoleón de lo ocurrido en Tilsit, le declaró que aunque deseaba contentar al emperador Alejandro, no quería hacerle concesiones demasiado peligrosas para la Europa, y le recomendó que nada omitiese de cuanto pudiera contribuir á conservar una alianza en que debía descansar para el futuro toda su política. Colocó en su comitiva á varios de los jóvenes más distinguidos de su corte, y le señaló un sueldo de ochocientos mil francos anuales para que pudiese representar dignamente al grande imperio.

Escribió al propio tiempo al emperador Alejandro dándole gracias por sus presentes, y ofreciéndole en retorno otros no menos magníficos, que consistían en porcelanas de Sevres de primorosa belleza; pidióle también ahincadamente que le ayudase á restablecer la paz obligando á la Inglaterra á sufrirla; le suplicó que hiciese salir acto continuo de San Petersburgo á los embajadores de Inglaterra y Suecia; dióle aviso de que un ejército francés iba á ocupar la Dinamarca en virtud de un tratado de alianza celebrado con la corte de Copenhague, y le amonestó á que enviase con toda precipitación un ejército ruso á Suecia para que el Sund quedase así cerrado por los dos lados; reiteróle su adhesión expresa en cuanto á la conquista de la Finlandia, anuncióle los pasos que daba cerca del gabinete austriaco para decidirle á que se adhiciese á la política de Tilsit, y también la entrada en la península española de numerosos ejércitos con objeto de arrancársela definitivamente á los ingleses; díjole, por último, que él se man-

tenía extraño á la redacción del armisticio con la Puerta, que lo desaprobaba (lo que encerraba una tácita aprobación de la ocupación, ya prolija, de las provincias del Danubio), y que por lo tocante á la conservación ó desmembración del imperio otomano, esta cuestión era de tanta gravedad, de tanto interés al presente y para lo venidero, que sería preciso pensarlo maduramente; que no podía tratarla por escrito, y que se proponía desentrañarla bien con Mr. de Tolstoy; que la reservaba para este embajador, para cuyo recibimiento hasta había aplazado su viaje á Italia, que sin embargo le urgía sobre manera. «Unámonos, decía Napoleón á Alejandro, y consumaremos los proyectos más grandes que han presenciado los tiempos modernos.» Participó además Napoleón al emperador y á Mr. de Romanzoff, que el ministro Decrés iba á invertir veinte millones de francos en municiones navales en los puertos de Rusia, que la marina francesa admitiría á cuantos cadetes rusos se le enviasen para instruirlos, y finalmente que el gobierno imperial tenía á su disposición cincuenta mil fusiles de la mejor construcción, que podía mandar á buscar al punto que se sirviese designar.

Al paso que con tanta efusión escribía al emperador Alejandro, encargó Napoleón á Mr. de Caulaincourt que no hablase demasiado de una próxima entrevista, porque temía mucho tener que acceder en el primer coloquio imperial á una decisión relativamente á la Turquía. Sin embargo, la concesión inmediata de la Finlandia, las provincias del Danubio en perspectiva, el silencio que sobre su prolongada ocupación se observaba, y por fin otras muchas señales de intimidación, le parecían á Napoleón, y eran efectivamente, vínculos suficientes para continuar en buena armonía por cierto tiempo.

Napoleón, por desgracia, no se había limitado á considerar el atentado de Inglaterra contra Dinamarca como una proporción para granjearse la opinión pública europea, sino que le suministró un pretexto para arrojarle á nuevas empresas, y quería aprovechar la prolongación de la guerra para concluir todos los arreglos que había meditado. Juzgó que para alcanzar mejor su objeto le convenía atraerse la corte de Austria, y poner término á un estado de penuria extrema que en ella se experimentaba; efecto, no sólo de las desgracias habituales de aquella corte, sino también de los últimos acontecimientos de la guerra. El Austria se reprochaba el haberse puesto en pie de guerra sin aprovecharse de la ocasión que para obrar se le había presentado después de la jornada de Eylau y antes de la de Friedland; el haberse entregado á inútiles dispendios, y el haber descubierto en perjuicio propio, sin compensación alguna, disposiciones hostiles, acerca de las cuales no podía engañar á Napoleón. Mostrábase recelosa de lo que el francés pudiera exigir de ella para castigarla, y más aún de lo que podría haber prometido á la Rusia en el Danubio; además la consolaba muy poco el lenguaje de la Inglaterra, que le repetía sin cesar ser necesario por una parte prepararse seriamente para la guerra, y por otra granjearse la amistad de la Rusia concediéndole todo cuanto Napoleón estaba dispuesto á concederle; es decir, imponerse una desgracia más después de las tremendas que había sufrido por espacio de quince años, y mayor que todas las anteriores,

cual era la de ver á los rusos dueños del Danubio inferior.

Napoleón, que había penetrado sin dificultad la penuria del Austria, deseaba remediarla para ser luego más dueño de sus acciones. Recibió en Fontainebleau con la mayor cortesía al duque de Wurtzburgo, hermano del emperador Francisco, á quien hemos visto incesantemente trasladado de un principado á otro, y que deseaba ardientemente estrechar los vínculos del Austria con la Francia para no padecer más por efecto de sus contiendas.



El general Caulaincourt

Explicóse Napoleón con este príncipe con toda extensión y franqueza; le tranquilizó completamente acerca de sus intenciones en la corte de Viena, á la cual, decía, en vez de quitarle cosa alguna, quería por el contrario restituir la plaza de Braunau, que había quedado en poder de los franceses después de la deslealtad cometida con las bocas del Cattaro. Declaróle Napoleón que, una vez restituidas éstas, se miraba como sin derecho para retener á Braunau, plaza de poco interés ya para él; pero muy importante por dominar la corriente del Inn; que por el lado de la Istria sólo exigía la conservación de la ruta militar anteriormente concedida para el paso de las tropas francesas que iban á la Dalmacia; que lo más que propondría, si no desagradaba en Viena, sería la rectificación de las fronteras entre el reino de Italia y el imperio de Austria, rectificación que se reduciría á cambiar los pequeños territorios italianos situados en la ribera izquierda del Isonzo por los pequeños territorios austriacos situados en la ribera derecha, tomando por límite el *thalweg* de este río; que hecho esto, nada más exigiría, estando siempre dispuesto á respetar escrupulosamente la letra de los

tratados. En cuanto á la política general, añadió Napoleón que se adheriría á la Rusia para pedir al Austria que le ayudase á restablecer la paz, cerrando las costas del Adriático al comercio inglés; que el acontecimiento atroz de Copenhague constituía en este deber á todas las potencias; que si el Austria tomaba este partido, el restablecimiento de la paz redundaría en honor suyo, porque la Inglaterra no prevalecería ante la unanimidad declarada del continente; que, por último, alcanzada esta conformidad en todo, la corte de Viena renunciaría sin duda alguna á sus armamentos, tan inútiles como alarmantes y dispendiosos, y que por su parte Napoleón se apresuraría á alejar sus ejércitos trasladándolos hacia las orillas de la baja Italia. De la Turquía habló con mucha vaguedad, y en este punto no se mostró dispuesto á tomar ninguna resolución inmediata. Pero dió por sobrentendido que nada se resolvería sobre el Oriente sino de acuerdo con el Austria, esto es, reservándole su parte en caso de que el imperio otomano dejase de existir.

Estas explicaciones, tenidas de buena fe y recibidas con júbilo por el duque de Wurtzburgo, causaron en Viena cuando allí se supieron una verdadera consolación. Aunque era grande el pesar de haber desperdiciado la coyuntura de avanzar Napoleón sobre el Niemen para situarse entre él y el Rhin, ahora que la ocasión había pasado, nada se deseaba tanto como el poder permanecer en paz y no tener que temer á tan formidable enemigo, hallándose aislados y sin más arrimo que la Inglaterra, aliada poco valedera, que después de haber impelido á la guerra á las potencias continentales haciéndolas trabar las lides más sangrientas, se había retirado incólume á su isla, quejándose de la mala calidad de las tropas auxiliares. Si en su actual estado hubiera podido el gabinete austriaco ser muy sensible al júbilo, nada se lo hubiera causado mayor que la noticia de ser posible rescatar á Braunau sin perder un solo terrón en Istria, y de que sobre el Oriente nada de inmediato se había dispuesto; sin embargo, mostróse propenso á hacer cuanto Napoleón quisiera, así en lo relativo al thalweg del Isonzo, como por lo tocante á las insinuaciones que habían de hacerse á la Inglaterra, cuya conducta en Copenhague había sido tan odiosa, que ni aun en Viena dejaba de denigrarse públicamente. Enviáronse en consecuencia poderes á Mr. de Metternich, embajador de Austria en París, para que firmase un convenio que abrazase todos los puntos en que era de desear la conformidad, fácil al parecer desde las explicaciones tenidas en Fontainebleau.

Convínose en que se entregaría al Austria la plaza de Braunau, en que se tomaría el thalweg del Isonzo por frontera de las posesiones austriacas é italianas, y en que seguiría abierta atravesando la Istria una ruta militar para las tropas francesas que pasasen á la Dalmacia. Firmóse el convenio que contenía estas estipulaciones en Fontainebleau el día 10 de septiembre. Agregáronse á las estipulaciones escritas promesas formales relativamente á la Inglaterra. No podía el Austria proceder cerca de esta antigua aliada suya con una declaración de guerra brusca y enérgica, pero prometió llegar al resultado apetecido empleando medios que no obstarían para la firmeza de sus resoluciones. En efecto, encargó á Mr. de Stahrenberg, su embajador en Londres, que

se quejase de la acción cometida en Copenhague como de un atentado que debía herir profundamente á todos los Estados neutrales; que exigiese una contestación á las ofertas de mediación que en abril había hecho la corte de Austria, y en julio la corte de Rusia; y que insinuase que si la Inglaterra no contestaba en un plazo próximo á aquellas invitaciones de paz tantas veces reiteradas, salvo el discutir después las condiciones con las potencias mediadoras, sería indispensable romper relaciones con ella y hacer que el embajador de Austria se retirase. A estas comunicaciones oficiales se añadió la declaración secreta de que el Austria, totalmente aislada en el continente, era incapaz de resistir contra la Rusia y Francia unidas; que por lo tanto tendría que someterse á ellas; que la Francia por otra parte le ofrecía á la sazón condiciones muy admisibles; que decididamente no se podía ya, ni convenía, tratar de hacer la guerra, y que la Inglaterra por su parte debía pensar en hacer la paz, porque de lo contrario obligaría á sus más fieles amigos á dejarla abandonada. Verdad es que si tal era el lenguaje del gabinete, los ciegos partidarios de la guerra trataban por su lado de hacer creer que esta resolución era meramente pasajera para conseguir la entrega de Braunau; resolución que se trocaría en breve, no bien viese á la Rusia adherida á otra política diferente. Pero á pesar de las aserciones del partido de la guerra en Viena, el gabinete austriaco en realidad ambicionaba que no fuesen desoídas en Londres sus pacíficas amonestaciones, y se había decidido á interrumpir toda clase de relaciones diplomáticas con Inglaterra si ésta persistía en cerrar los oídos á todo acomodamiento.

Menos sinceras fueron las protestas que hizo el Austria por lo tocante á sus armamentos. Aseguró que deshacía sus cuadros licenciando á los que momentáneamente los habían completado, que vendía sus almacenes, y en suma, que se ponía en el más riguroso pie de paz, y al mismo tiempo sólo licenciaba á los que estaban próximos á cumplir por su edad, reemplazándolos con reclutas jóvenes, á quienes instruía escrupulosamente bajo la dirección del archiduque Carlos, el cual se ocupaba sin cesar en ir perfeccionando la organización del ejército austriaco; de sus provisiones ó almacenes sólo vendía aquello que no podía conservarse cómodamente, y abastecía sus arsenales de armas y municiones de todo género; en resumen, el Austria, á pesar de adherirse temporalmente á las miras de Napoleón por esquivar la guerra, quería estar pronta á vengar sus reveses, caso de tener que volver á tomar las armas por cualquier circunstancia imprevista. Mas en la actualidad deseaba la paz, y una paz general.

Napoleón, que se proponía en todas partes llamar las hostilidades hacia el litoral del continente pacificando para esto el interior, había declarado á la Prusia que renovaría con gusto el movimiento de evacuación, momentáneamente suspendido por el retraso ocurrido en el pago de las contribuciones; pero que era menester ponerse de acuerdo lo más pronto posible sobre la suma total de estas contribuciones y sobre el modo de cubrirlas. Propuso la Prusia que se nombrase para este objeto al príncipe Guillermo, y Napoleón manifestó que le recibiría con toda clase de miramientos. Tan abatida estaba esta potencia desgraciada, que había declarado,

no sólo que se adheriría al sistema continental, sino también que estaba pronta á celebrar con la Francia un tratado formal de alianza ofensiva y defensiva. La Dinamarca por su parte había firmado un tratado de esta especie y estipulado una expedición de tropas francesas á las islas de Fionia y de Seeland, con objeto de cerrar el Sund, atravesarlo sobre el hielo é invadir la Suecia en el momento de empezar las operaciones de los rusos contra la Finlandia.

Precisado Napoleón por las circunstancias á continuar la guerra con la Inglaterra, y dueño de todos los recursos del continente, trató de emplearlos con la energía y destreza de que era capaz. Desde antes de saber el resultado de la expedición de Copenhague, y no bien había sabido que esta expedición se encaminaba al Báltico, había despachado al almirante Decrés á Boloña para inspeccionar la escuadrilla, y ver si podría embarcar en ella el ejército que quería sacar de Alemania así que la Prusia hubiese pagado sus contribuciones. La salida de la expedición inglesa enviada hacia el Sund era una ocasión muy propicia para sorprender á la Inglaterra medio desarmada. Mr. Decrés que había recorrido con toda celeridad los puertos de Boloña, Wimereux, Ambletusa, Calais, Dunkerque y Amberes, había encontrado desgraciadamente la escuadrilla en un estado muy poco á propósito para conducir un ejército numeroso. El puerto circular abierto en Boloña tenía dos pies de arena; los de Wimereux y Ambletusa tenían tres pies, y bastaban unos cuantos años más para hacer desaparecer estas creaciones del genio de Napoleón y de la constancia de nuestros soldados. La mayor parte de los buques, construídos apresuradamente y con maderas verdes, exigían una carena de consideración; de los mil doscientos ó mil trescientos que se habían construído, tan sólo se conservaban en estado de navegar unos trescientos, y éstos estaban continuamente empleados en las maniobras y en la línea acoderada que se había formado lo mismo que en 1804 entre los fuertes del Heurt y de la Creche. Por lo que hace á los novecientos buques de transporte, comprados en parajes indeterminados, casi todos estaban inutilizados para el servicio de resultas de un anclaje de cuatro años. Los marinos, organizados la mayor parte en batallones, habían perdido algunas de sus cualidades como hombres de mar, pero como soldados de tierra presentaban el aspecto más brillante. El general Gouvión Saint-Cyr, que mandaba el campamento de Boloña, declaraba que en todo el ejército francés, sin exceptuar la guardia imperial, no había soldados comparables con aquéllos. Vuelos á los navíos y trocados en breve en mareantes, podían dotarse con ellos doce grandes navíos de línea. La escuadrilla holandesa, recogida en parte en sus propios puertos, y parte fondeada en Boloña, había padecido menos deterioros en sus pertrechos, que eran de mejor calidad; pero estaba cansada de no hacer nada, y sus marinos sentían malgastarse en la ociosidad su natural actividad y arrojo.

No era posible por lo tanto armar inmediatamente la escuadrilla embarcando en ella ciento cincuenta mil hombres como en el año 1804; pero gastando cinco ó seis millones de francos, tomándose dos meses de tiempo, inutilizando la quinta parte de los buques y poniendo los demás en carena, podían embarcarse en las

dos escuadrillas holandesa y francesa cerca de noventa mil hombres y tres ó cuatro mil caballos. Concluída esta inspección y vuelto Mr. Decrés á París, juzgó Napoleón, lo mismo que su ministro, que no convenía detener más tiempo á los marinos holandeses para un servicio tan eventual como el de esta escuadrilla, que siempre estaba de partencia sin llegar á salir nunca; que era difícil hacer zarpar de una vez un número de buques tan considerable de aquellos pequeños puertos, que ni siquiera podrían en breve darles cabida; que era más conveniente dividir la expedición, enviar los marinos holandeses á sus propias aguas con una parte de sus pertrechos, quedarse con los mejores buques de guerra, destruir los otros, carenar los que se hubiesen conservado y acomodarlos para embarcar en ellos sesenta mil hombres, colocar después á bordo de la escuadra del Texel los marineros holandeses enviados á su país, y los marineros franceses inútiles en la escuadrilla á bordo de la escuadra de Flesinga, proporcionándose de este modo, además de la escuadrilla destinada á poner de un golpe sesenta mil hombres en las costas de Inglaterra, dos escuadras como las del Texel y de Flesinga que transportasen otros treinta mil desde la desembocadura del Meuse hasta la del Támesis, sin contar con las expediciones que pudieran salir de Brest y de todos los otros puntos del continente. Adoptado este consejo, diéronse las órdenes oportunas, y la escuadrilla de Boloña, más fácil ya de manejar, combinada además con las escuadras que se organizaban en el Texel, en Flesinga, en Brest, Lorient, Rochefort, Cádiz, Tolón, Génova y Tarento, tomó su puesto en el vasto sistema de campamentos establecidos cerca de las grandes escuadras, concebido por Napoleón, amagando incesantemente á la Gran Bretaña con una expedición formidable contra su suelo ó contra sus colonias.

Dió además Napoleón todas las órdenes necesarias para la expedición de Sicilia y para el completo abastecimiento de las islas Jónicas, hacia las cuales llamaba actualmente toda su atención el lenguaje de que usaban los agentes ingleses en Viena y San Petersburgo. Podía en efecto deducirse de su lenguaje que iban á hacerse todos los esfuerzos posibles para quitar á los franceses aquellas islas. Encargó Napoleón á su hermano José, con palabras que por lo vehementes rayaban en exageradas, que recobrase á Scila y á Reggio, que habían quedado en poder de los ingleses desde la expedición de Santa Eufemia, y que juntase parte de los regimientos que componían el ejército de Nápoles en los contornos de Baia y de Reggio para tenerlos prontos á embarcarse. Mandó al príncipe Eugenio que llevase sus tropas desde la alta Italia á la Italia central para reemplazar á las que estuviesen empleadas en expediciones marítimas. Mandó al rey José y al príncipe Eugenio que multiplicasen los navíos de municiones de boca y de guerra y de reclutas para Corfú, Cefalonia y Zante. Por último, renovó más expresamente que nunca á las divisiones de Rochefort y de Cádiz la orden de zarpar para trasladarse á Tolón. Envió á este puerto al almirante Ganteaume para mandar la escuadra destinada á dominar el Mediterráneo, á acabar la conquista del reino de Nápoles con la toma de Sicilia, y á consolidar la dominación francesa en las islas Jónicas transportando á ellas abundantes recursos. Recomendábase en-

tretanto á los ingenieros de la marina que apresurasen las construcciones emprendidas en el litoral europeo.

Mientras disponía así de las posiciones marítimas de la Italia, activaba Napoleón nuevamente la expedición de Portugal. Los tres campamentos de Saint-Lo, Pontivy y Napoleón, reunidos en Bayona bajo el general Junot, presentaban una fuerza nominal de veintiséis mil hombres, y una efectiva de veintitrés mil, entre los cuales había dos mil de caballería y treinta y seis bocas de fuego. Llegábales además un refuerzo de tres á cuatro mil hombres que estaba en camino. El 12 de octubre, dos días después del convenio firmado con el Austria, mandó Napoleón al general Junot que atravesase la frontera de España, limitándose á enviar á Madrid un simple aviso del paso de las tropas francesas. Le marcó la ruta por Burgos, Valladolid, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Alcántara y la orilla derecha del Tajo hasta Lisboa, encargándole que la marcha se hiciese con toda rapidez. Había prometido la España reunir sus fuerzas con las de la Francia, obrando en la expedición de consuno para alcanzar su parte en la repartición del botín, y Napoleón no sólo la había aceptado, sino que había exigido se enviase una fuerza española efectiva, reservándose fijar más adelante su composición y coste después de conquistado Portugal. Pero sin contar con la España y con las tropas que ésta podía suministrarle, dispuso otro nuevo ejército para el caso posible de que el Portugal opusiese resistencia y para el caso muy probable de que la Inglaterra reuniese en la desembocadura del Tajo las fuerzas que regresaban de la expedición de Copenhague. Desde que llegó á París quiso Napoleón que se organizaran, se instruyeran y se armaran completamente las cinco legiones de reserva de que tantas veces hemos hecho mención, y que estaban destinadas á substituir á los campamentos encargados de la defensa de las costas. Dió orden á los cinco senadores que las mandaban de que lo dispusiesen todo para que rompiesen la marcha dos ó tres de los seis batallones de que se componían. Sabedor de que estos dos ó tres batallones de cada legión estaban prontos, mandó juntarlos en Bayona, formarlos en tres divisiones bajo los generales Barbou, Vedel y Malher; completarlos con dos batallones de la guardia de París, disponibles desde el regreso de esta guardia aguerrida en Polonia, con cuatro batallones suizos, acantonados unos en Rennes, otros en Boloña y en Marsella, y por último, con el tercer batallón del 5.º ligero que estaba de guarnición en Cherbourg, y el primero del 43 de línea que guarnecía á Grenoble. Formaban entre éstos veintiuno ó veintidós batallones dispuestos á marchar desde el asiento de cada legión, esto es, desde Rennes, Versalles, Lilla, Metz y Grenoble, para estar á fines de noviembre en Bayona. Debían formar un cuerpo de veintitrés á veinticuatro mil hombres con cuarenta cañones y algunos centenares de jinetes, bajo las órdenes del general Dupont, que era uno de los generales de gloria en Albeck, Diernstein, Hall y Friedland y destinado por Napoleón á ser mariscal muy en breve. Este nuevo ejército se reputaba muy suficiente para sostener al de Junot, por mucha importancia que pudieran tomar los acontecimientos de Portugal. Tomó el nombre de segundo cuerpo de observación del Girona, por

llevar ya el de Junot el título de primero. Sólo faltaba al uno y al otro fuerza de caballería, y Napoleón se la destinó muy aventajada en Compiègne, Chartres, Orleans y Tours. Se recordará que durante la campaña de Polonia había empleado tanto esmero y diligencia con los depósitos de caballería como con los de infantería. Túvulos incesantemente provistos de hombres y de caballos, y podía ahora cómodamente sacar de ellos para el Mediodía los refuerzos que con la paz de Tilsit se excusaba de mandar al Norte. Mandó, pues, reunir en Compiègne una brigada de mil húsares, otra en Chartres de mil doscientos cazadores, otra en Orleans de mil quinientos dragones y otra por último de mil cuatrocientos coraceros en Tours, que componían un total de cinco mil caballos sacados de los depósitos, fuerza bastante para los países montuosos en que los dos ejércitos del Girona habían de operar. Eran estas meras precauciones, porque era aún dudoso que se necesitasen tantas fuerzas en Portugal; pero tenía Napoleón vehementes deseos de atraer á los ingleses hacia aquel punto, pues aunque los soldados que allí enviaba fuesen bisoños, le parecían buenos para habérselas con las tropas británicas, y más que buenos para batir á los ejércitos meridionales de que á la sazón apenas hacía caso.

Todo estaba, pues, preparado para apoderarse de Portugal sin contar con los socorros prometidos por los españoles. La respuesta recibida de la corte de Lisboa fué tal como Napoleón la había previsto, y tal como á éste le convenía después del suceso de Copenhague para poder excusar ya todo miramiento. El príncipe regente de Portugal, aunque yerno como es sabido del rey y de la reina de España, no por eso dejaba de ser por tradición hereditaria y por debilidad personal un súbdito devoto de la Inglaterra. Cierto que entre sus ministros había contrarios modos de pensar, y que algunos de ellos creían que la dependencia de la Gran Bretaña no era para Portugal el régimen más envidiable ni el medio más seguro de vender sus vinos y de proporcionarse granos; pero otros juzgaban que ligar su suerte con la de Inglaterra era cosa muy apetezable en todos tiempos, sobre todo desde que la Francia se había lanzado en el carril de las revoluciones, y que estrechando vínculos con ella habría probabilidad de mejorar, no sólo en régimen industrial, sino también en régimen social. El príncipe regente advertido por su embajador en París, Lima, y por Mr. de Rayneval, encargado de Negocios de Francia en Lisboa, de los deseos absolutos de Napoleón, concertó con el gabinete británico la conducta que había de observar, con el doble objeto de esquivar la presencia de un ejército francés y de causar á los intereses ingleses el menor daño posible. Hubo, pues, inteligencias con Mr. Canning por medio de lord Strangford, y se adoptó el partido de conceder á la Francia la exclusión aparente del pabellón británico, y aun, caso necesario, una simulada declaración de guerra contra la Inglaterra; negándose empero, con respecto á los negociantes naturales de ésta, á toda medida contra sus personas y propiedades, por cuanto Lisboa y Oporto habían llegado á ser verdaderas factorías inglesas en que todo era inglés, los negociantes, los capitales y los buques.

Conceder el secuestro de las personas y de las pro-

iedades, como lo exigía Napoleón, hubiera sido para aquellas factorías una completa ruina. Concertada esta respuesta, era de esperar que, si la Francia se daba por satisfecha, el comercio de Portugal, tan ventajoso para la actividad británica y tan cómodo para la indolencia portuguesa, quedaría indemne á costa de un sacrificio momentáneo, y que también lo quedaría la marina real inglesa para trasladarse directamente de Portsmouth á Gibraltar sin tocar en Lisboa. En caso necesario, hasta le sería permitido arribar en los puntos menos frecuentados de la costa de Portugal pretextando el mal tiempo, sirviendo á la corte portuguesa de disculpa las leyes de la humanidad. Si la Francia no aceptaba aquellas condiciones, la corte de Lisboa, antes de romper con la Inglaterra, se resolvería á correr el último riesgo, no resistiéndose contra las tropas francesas (que tan noble desesperación no cabía en sus mezquinos alientos), sino salvando la vida con poner la mar por medio.

Aquella raza de Braganza, envejecida como su vecina la raza de los Borbones de España, sumida como ella en la ignorancia, en la molición y en la bajeza, había cobrado aborrecimiento al siglo en que ocurrían tan tremendas revoluciones y al suelo mismo de Europa, que era su teatro. En su vergonzosa misantropía hasta pensaba en retirarse á la América del Sur, cuyo territorio compartía con la España. Los que lisonjaban sus vulgares inclinaciones le ponderaban sin cesar la riqueza de sus posesiones de Ultramar como se le encarece á un poderoso, cuya ruina se desea acelerar, su ignorado patrimonio. Decíanle que no valía la pena disputar á los opresores de la Europa el reducido suelo de Portugal, ya peñascoso, ya cubierto de arenales, teniendo al otro lado del Atlántico un magnífico imperio casi tan grande como la triste Europa, presa de un millón de soldados hambrientos y codiciosos; imperio sembrado de oro, de plata y de diamantes, que estaba brindando con la más deliciosa calma, sin un solo enemigo que temer. Huir, pues, de Portugal, abandonar sus estériles riberas á los ingleses y franceses para que las regasen con su sangre todo el tiempo que quisieran, y dejar al pueblo portugués, antiguo compañero de armas de los Braganzas, el cargo de defender su independencia si la estimaba en algo, tales eran los vergonzosos proyectos con que de tiempo en tiempo aplacaban sus terrores el regente de Portugal y su familia. A esta debilidad indigna sólo servía de paliativo en aquel príncipe otra debilidad, cual era la dificultad de tomar una resolución decisiva de abandonar los lugares donde había pasado su muelle existencia, de equipar una escuadra, de meterse en ella con sus criados, sus cortesanos y sus riquezas, y de atravesar por fin los mares arrojando una novedad para evitar otra. Entre estas dos debilidades titubeaba la corte de Portugal, pero estaba dispuesta á embarcarse no bien el ruido de los pasos de un ejército francés llegase á sus oídos. Contestó, pues, oficialmente á Mr. de Rayneval que se rompería con la Gran Bretaña, aunque difícilmente podría el Portugal prescindir de sus relaciones con ella; que hasta se le declararía la guerra en caso necesario, pero que la probidad del príncipe regente reprobaba el secuestro de los negociantes ingleses y de sus propiedades.

Era Napoleón demasiado perspicaz para contentarse con tal rendimiento; veía claramente que la respuesta

estaba concertada con el gabinete de Londres (1), que la exclusión de los ingleses sería meramente ilusoria, y que así nunca lograría su principal objeto. Sabía por otra parte que la familia de Braganza alimentaba la esperanza de retirarse al Brasil, y no lo sentía, porque desgraciadamente desde el desastre de Copenhague sus ideas habían tomado un nuevo giro. Quería, en efecto, no ya completar con la ocupación del Portugal el cerramiento de las riberas del continente, sino apropiarse aquel reino para disponer de él á su antojo. En vez de sacar partido del ascendiente que le daba sobre la Inglaterra la vergonzosa violencia cometida por ésta con la Dinamarca, estaba resuelto á no imponerse respetos de ningún género hacia los amigos y fautores de la política inglesa, y á aniquilarlos á todos en provecho de la familia Bonaparte, convencido de que al terminar la guerra todo quedaría conforme estaba; de que la supresión de un Estado más en Europa no aumentaría los obstáculos para hacer la paz; de que lo hecho subsistiría; de que, según el uso establecido, se adoptaría el *status presens*, como base de las negociaciones, y de que, cambiada la faz de la Península, no habría más remedio que admitirla tal como se encontrase y de incluiría en el tratado general en su nuevo ser. Resolvió por lo tanto apropiarse el Portugal, reservándose el ponerse de acuerdo con la España, y hasta el servirse de él para revolucionar este último reino, que en su actual estado le disgustaba, le incomodaba y le repugnaba tanto como las mismas cortes de Nápoles y de Lisboa, que iba á derribar ó había ya derribado de sus vacilantes tronos. ¡Tal fué el principio de los más grandes yerros y de los mayores infortunios de su reinado! El corazón se nos angustia al acercarnos á esta narración siniestra, porque en ella está, no sólo el origen de las desgracias de uno de los hombres más extraordinarios y fascinadores que produjo la humanidad, sino también el de los desastres de nuestra patria infortunada, impedida con su héroe al más espantoso precipicio.

Mandó, pues, Napoleón á Mr. de Rayneval que saliese de Lisboa, hizo entregar á Lima sus pasaportes, y encargó al general Junot que acelerase la marcha de sus tropas y no acogiese proposición alguna, pretextando que no se mezclaría para nada en las negociaciones y que su único mandato era cerrar la entrada de Lisboa á los ingleses. Al disponer que aquel ejército marchase sin descanso sobre esta capital, se proponía Napoleón apoderarse de la escuadra portuguesa y confiscar todas las propiedades inglesas, así en Lisboa como en Oporto. Si huía la corte, su intención era quitarle todos los pertrechos navales y todos los valores comerciales que pudiese; si permanecía en Lisboa, sometiéndose á sus exigencias, con el apresamiento de la escuadra portuguesa y con el botín cogido á los ingleses podría consolarse de no haber llegado á aniquilar la casa de Bra-

(1) No es esta una mera aserción inventada para disculpar la conducta de Napoleón con el Portugal, sino una verdad auténtica oficialmente demostrada. En efecto, algunos años después, cuando la corte de Lisboa refugiada en el Brasil no tenía ya que temer á los ejércitos franceses, Mr. Canning confesó en la tribuna que todas las respuestas del Portugal á Napoleón habían sido concertadas en el ministerio británico. Después se publicaron varios despachos que corroboraron esta prueba con nuevos pormenores.